

Fácil es comprender la causa que me ha hecho referir tan extensamente las desgracias de Dionisio; pues además de la moralidad que de ellas puede deducirse, la Europa estaba presenciando en el momento que yo me dediqué á describirlas un triste ejemplo, no de los vicios de aquel tirano; pero sí de su menguada suerte. En aquellos instantes se presentaba á los ojos del mundo un Borbon, que hallándose privado, hasta de su patrimonio particular, se veía reducido á emplear en Suiza el mismo recurso de que se valió Dionisio en Corinto para sostener su vida. No puede dudarse que el duque de Orleans habrá enseñado á sus pupilos los peligros que una culpable ambición lleva en pos de sí, y los inconvenientes sin fin de una educación descuidada: no se habrá olvidado de inculcarles á todas horas que el primer deber del hombre no es el ser rey, sino el ser probo. Si esta palabra parece algo severa, apelaré al testimonio de ese mismo príncipe, cuyo valor y virtudes naturales son harto conocidas. Fije en torno suyo una mirada sobre Europa y contemple los millares de víctimas sacrificadas diariamente á la ambición de su familia: por mi parte me habría sido grato no haber tenido que recordar el nombre de su padre.

El resto de la familia de los Borbones no se ha eximido tampoco de ser acrisolada por el rigor de las desdichas. El heredero de los reyes, el soberano legítimo de Francia anda errante al escribir yo estas líneas, por Europa á merced de los hombres (a), y el dueño de tantas riquezas y de tantos palacios se habría considerado como muy dichoso en poseer en algún rincón del mundo la cabaña del mas infeliz de sus vasallos.

Sin embargo aunque tanta amargura debían causar á Luis los recuerdos de sus grandezas perdidas, de ningún modo debía temer el llegar á ser víctima del exceso de indigencia, como los tiranos de la antigüedad. En aquellos tiempos remotos un monarca destronado no encontraba por todas partes mas que repúblicas que se complacían en insultar su desgracia, y en la actualidad por do quiera encuentra soberanos que por lo menos atienden á las necesidades de su vida (b). Si algún día llega la Europa á constituirse en democracias, el último de los reyes que caiga del trono tendrá que apurar las mismas amarguras que Dionisio.

Desde las primeras épocas del mundo hasta la catástrofe de los Borbones, la historia presenta un gran número de príncipes destronados y presa de infortunios, herencia común del humano linaje. En esta triste categoría figuran particularmente entre los antiguos, aquel monarca privado de la vista que apoyado en el brazo de Antígona recorría la Grecia: Teseo, el legislador, defensor de su patria y desterrado por un pueblo ingrato; Orestes acompañado de su

(a) Terminadamente queda consignado en este pasaje mi afecto á la monarquía de San Luis y á la legitimidad; pero el paralelo entre Dionisio y los herederos de tantos monarcas, presenta la misma importunidad é inconveniencia que otras muchas comparaciones que se leen en este *Ensayo*. ¿Qué relación de influencia, de carácter, ni de grandeza puede hallarse entre el tirano de unas cuantas ciudades de Sicilia, hijo de otro tirano, y primero de su raza con la dinastía de los Borbones? ¿Puede aquel régio farsante que bajó del trono para figurar en una comparsa de sacerdotes de Cibeles, ofrecer ningún punto de parangón con el magnánimo soberano que rechazó tan noblemente todas las proposiciones que le hizo el usurpador de su corona? Pero yo necesitaba á todo trance comparaciones para deducir consecuencias mas ó menos exactas, y escribir páginas mas ó menos congruentes. (N. ED.)

(b) Hay algo de limitado, de árido y de vulgar en esta comparación. Me he expresado con mas nobleza anteriormente cuando dije: Un rey de Francia, aunque desprovisto de todo, no dejará de ser rey en tanto que pueda vestir su traje *flor de lisado*, llevar por bastón el cetro de San Luis, y ceñir la espada de Enrique IV. (N. ED.)

único amigo; Idomeneo expulsado de Creta; Demárito, rey de Esparta, refugiado cerca de Darío; Hypias, muerto en la batalla de Maratón, al esforzarse por recobrar la corona; Pausanías II, rey de Esparta, sentenciado á muerte y evitándola por medio de la fuga; Dionisio en Corinto; Darío huyendo de Alejandro y asesinado por sus mismos cortesanos; Cleomenes, digno sucesor de Agis, crucificado en Egipto, á donde se había retirado; Antiocho Hierax, á quien no dió Tolomeo mas asilo que un calabozo; Antiocho X que anduvo errante entre los partos y en Cilicia; Mitridates solicitando vanamente asilo cerca de su yerno Tigranes, y obligado á tomar un veneno; en Roma Tarquino expulsado por Bruto, y tratando inútilmente de sublevar la Italia en su favor, y por último veríamos una multitud de soberanos de ambos imperios, cuya enumeración sería demasiado difusa (c). No faltan tampoco entre los pueblos modernos trágicos ejemplos con que poder aumentar este catálogo: Gelimer (1) en Africa expulsado del trono de los Vándalos y reducido á cultivar el campo con sus propias manos; Lamberg en Italia, primer príncipe destronado de la Europa moderna; Pedro de Médicis que á no haber sido por Felipe de Comines no habría podido hallar asilo en Venecia; el emperador Enrique IV, huyendo de su hijo; el conde de Flandes, expulsado por Artavelle; Carlos V de Francia, destronado por la facción de Carlos de Navarra; Carlos VII, reducido á solo la ciudad de Orleans; Enrique VI de Inglaterra, precipitado del trono, restablecido y vuelto á destronar; Eduardo IV, errante por los Países-Bajos privado de todo socorro; Enrique IV de Francia, expulsado por los partidarios de la Liga; Carlos II de Inglaterra durmiendo bajo una encina en sus propios Estados, mientras que su familia en el continente permanecía todo el día en la cama por no tener fuego con que calentarse; Gustavo Vasa oculto en unas minas; Estanislao, rey de Polonia, huyendo disfrazado de su palacio; Jacobo II, hallando una corte en Francia y sus descendientes careciendo de lugar en que reclinar su cabeza (d); Maria, presentando su hijo al pueblo húngaro, y finalmente los Borbones con sus repetidas desgracias podrían terminar dignamente esa lúnebre lista. En este catálogo de miserias cada cual

(c) En este catálogo habría debido hacer mención de Perseo, aunque no fuera sino por recordar el trono de Alejandro. (N. ED.)

(1) La interesante historia de este monarca ofrece una de las mas caprichosas combinaciones de la fortuna. Al día siguiente de haberse podido escapar secretamente de Cartago, comía Belisario en el mismo palacio de aquel desgraciado príncipe, en su misma mesa, y servido por sus mismos esclavos. Habiéndose Gelimer acogido á un general romano fue conducido á Constantinopla, donde despues de haberse humillado ante Justiniano, se le asignaron algunos bienes territoriales en un rincón del Imperio. (PROCOPIUS, *Bell. Vandal.* lib. 1, cap. XXI, etc.) Ese buen Procopio que tan cándidamente refiere sus sueños, el amor de Honorio á una gallina llamada *Roma*, y las canciones de los niños que decían: «C expelerá á B y B expelerá á C...» me hace acordar que en su historia de la guerra de los persas se encuentra un interesante capítulo acerca del mar Rojo y el comercio de Indias que en mi concepto no ha llegado á noticia del sabio Robertson, en su *Disquisición*. Dícese en aquel capítulo que para aquella navegación se construían los buques sin clavazón de hierro, uniendo las tablas únicamente con cables, y esto lo hacían no por causa de las rocas de iman, según dice Procopio que en este pasaje hace alarde de incredulidad, sino para dárles mas ligereza (\*). (*De Bello Pers.*, lib. 1, capítulo XVIII.)

(d) La Francia los rechazó; pero Roma, madre común de desgraciados, les dió asilo.

(\*) Esta nota está escrita á la diablo, sin mas mérito que el ofrecerte una noticia bastante curiosa. ¿Qué tenia que ver con el texto de la obra ni las canciones de los niños, ni Honorio ni Robertson, ni el comercio de Indias, ni las rocas de iman, etc, etc? Erudición digna ciertamente de la *obra maestra de un Incógnito*. (N. ED.)

Podrá satisfacer las inclinaciones de su corazón: la envidia dirá que fueron reyes; la piedad no verá sino desgraciados, y la filosofía tendrá presente que eran hombres.

## CAPITULO XIII.

## À LOS DESGRACIADOS.

Price happy you, exho loock as from the shore.  
And have no venture in the Wreck you see!  
(Tres veces venturoso quien contempla  
desde seguro puerto la borrasca!)

No está escrito este capítulo para toda clase de lectores: muchos de estos podran dejarlo aparte sin interrumpir el hilo (a) de la obra: solo se dirige á la clase de los que padecen, y por lo tanto no he procurado mas que escribirlo en su idioma que hace ya mucho tiempo estoy estudiando! (b).

No era ciertamente un favorito de la fortuna el que repetía los dos versos que sirven de epigrafe á este capítulo. Era un monarca, era el desgraciado Ricardo II que lanzando una mirada al través de las celosías de su prision al amanecer del día en que fue asesinado, envidiaba al pastor que en el valle podia sentarse tranquilamente al lado de su rebaño.

Cualesquiera que tus errores hayan sido, inocente ó culpable, procedas de un trono ó de una cabaña; quien quiera que seas, hijo de la desgracia yo te saludo: *Expertè invicem sumus, ego ac fortuna*.

Mucho se ha disputado ya acerca del infortunio, como acerca de todo; mas sin embargo creo que no careceran de novedad las siguientes observaciones (c).

¿De qué manera influye sobre los hombre la desgracia? ¿Aumenta la energia del alma? ¿La deprime?

Si la aumenta ¿por qué se mostró Dionisio tan cobarde?

Si la deprime ¿por qué manifestó tanta fuerza la reina de Francia?

¿Se amalgama con el carácter de la víctima? En ese caso ¿por qué razon Luis (d) tan tímido en los dias de bienandanza desplegó tanto valor en el momento de la adversidad? ¿Por qué motivo aquel Jacobo II, tan valiente en la prosperidad, huyó cobardemente por las riberas del Boyne cuando ya nada tenia que perder?

¿Podrá suponerse que la desgracia da nueva forma al carácter de la víctima? ¿Será fuerte el que era débil, ó vice-versa? ¿Pero qué fue sino un cobarde durante toda su vida aquel emperador romano que por salvar su existencia se ocultó en las letrinas de su propio palacio? ¿Y el Breton Caractacus no sostuvo su noble independencia lo mismo en medio de la capital del mundo que en la soledad de los bosques de su suelo natal?

En presencia de tales datos no parece posible racionar de un modo exacto acerca de la naturaleza del infortunio.

Es verosímil que influye en nosotros por causas secretas que dependen de nuestras costumbres y preocupaciones, y por la posicion en que nos hallamos con relacion á los objetos que nos rodean. El mismo Dionisio

(a) El hilo de una obra no se interrumpe, se corta. Aun prescindiendo de ese defecto, semejante frase condena todo el capítulo. El lector puede suprimirlo si tal es su deseo. (N. ED.)

(b) En efecto, presento la cuestion bajo todos sus puntos de vista; puedo pasar por sabio en la ciencia del infortunio. Yo me deleitaba en hablar de la desgracia, y cuando lo hacia, estaba en mi terreno natural, como el pez en el agua. (N. ED.)

(c) Muy propenso me mostraba á alabarme. (N. ED.)

(d) Alababa y admiraba á esas ilustres victimas, cuando nada podia esperar de sus descendientes. (N. ED.)

sio tan vil en Corinto, habria tal vez sido sublime entre sus vasallos en Siracusa.

Otra investigacion. Consideremos la desgracia en si misma, examinándola en sus relaciones exteriores.

La vista de la miseria causa diversas sensaciones en quien la mira. Los poderosos, es decir los ricos, no fijan en ella los ojos, sino con extremado disgusto: nadie puede prometerse de ellos mas que una compasion insolente, algun favor, alguna atencion que tal vez será mas amarga que los mismos insultos.

El comerciante al ver entrar en su despacho á un desgraciado, recoge precipitadamente todo el dinero: no sabe aquella alma de barro distinguir entre el desgraciado y el pícaro.

El pueblo os tratará si sois desgraciado con arreglo á su propia indole. En Alemania os dispensaran verdadera proteccion, en Italia no os faltaran humillaciones, y alguna vez vereis brillar destellos de sensibilidad y delicadeza; en España tendreis que sopor-tar altivez; pero no os faltaran pruebas de su natural hidalguía. El pueblo francés á pesar de su barbarie, considerado en conjunto, es el mas caritativo y sensible respecto del que padece y eso consiste en que es el pueblo menos ávido de oro. El desinterés es una cualidad que el pueblo francés posee en mas alto grado que todas las demás naciones de Europa.

Ningun valor tiene para aquel pueblo el dinero con tal que no le falte para cubrir estrictamente las necesidades de la vida. En Holanda no encontrará el que sea víctima de la fortuna mas que brutalidad, y en Inglaterra un soberano desprecio; el pueblo de esa nacion comprende, analiza, critica, examina y no entiende mas que de *chelines*, ni ve por todas partes mas que cobre, plata y oro. Por lo demás este pueblo es enteramente lo contrario del francés. Tanto se puede esperar que los individuos que lo componen cometan en particular bajezas por algunas monedas, como que estando reunidos en masa den inequívocas pruebas de generosidad. No creo que existan dos pueblos tan antipáticos en genio, costumbres, vicios y virtudes que los ingleses y los franceses, pero con esta diferencia: los primeros reconocen generosamente algunas buenas cualidades en los segundos, en tanto que estos les niegan toda virtud (e).

Veamos ahora si de esas diversas indagaciones podremos deducir algunas reglas de conducta durante la desgracia. En mi concepto pueden deducirse tres.

El desgraciado es objeto de curiosidad para los demás hombres: hallan estos un placer en examinarlo, en tocar la cuerda de sus angustias á fin de proporcionarse el gusto de estudiar su corazón en el momento de las convulsiones del dolor, asi como los cirujanos estudian la circulacion de la sangre y el juego de la musculatura en animales, atormentándolos para este objeto (f). Debe pues establecerse como primera regla el ocultar nuestras lágrimas. ¿A quién le inspirará interés la relacion de nuestros males? Unos la oiran sin fijar la atencion en ella, otros se fastidiaran al oirla, y en unos y otros lo único que sobraria es malignidad. La suerte próspera es como una estatua de oro, cuyas orejas se parecen á las sonoraras cavernas descritas por ciertos viajeros: el mas leve suspiro resuena en ellas como un espantoso sonido.

La segunda regla que se deriva de la primera, consiste en aislarse completamente. El desgraciado debe evitar la sociedad, porque esta es enemiga natural del

(e) Tal vez se necesitaria valor para hablar de este modo en Inglaterra; pero de todos modos conviene advertir que hay que hacer una trasposicion en el texto. En vez de decir *que los ingleses y los franceses, debe leerse: que los franceses y los ingleses*. (N. ED.)

(f) Me acusa incensantemente esa abominable idea que me formé de los hombres. Esas comparaciones son incoherentes.

que padece y siempre le aplica este argumento: Desgraciado?—Luego culpable. Tan convencido me hallo de esta verdad social, que no puedo andar por la calle sin llevar baja la cabeza.

Tercera regla: orgullo intratable. El orgullo es la virtud de la desgracia. Cuanto mas nos deprima la suerte, tanto mas debemos elevarnos, si es que queremos salvar nuestro carácter. Conviene no perder de vista que lo que se honra en todas partes es el traje y no el hombre. Poco importa que seas un picaro, si sois rico; ni hombre de bien, si sois pobre. Las posiciones relativas son las que en la sociedad representan aprecio, consideración y virtud. Como nada hay de intrínseco en el nacimiento podemos muy bien ser rey de Siracusa, pero en la actualidad sois un quidam desgraciado en Corinto. En la primera condición debíais despreciar lo que érais, y en la segunda llenaros de orgullo por lo que fuisteis; no por que dejéis de conocer en el fondo de vuestra alma lo poco que se merece esa consideración, sino para servir de ella como de un escudo contra el desprecio inherente á la desgracia. Propenden los hombres á tratar con demasiada familiaridad al que ven en el infortunio, y es preciso que este se arme constantemente de su dignidad de hombre sino quiere que los demás la olviden.

Sentadas estas consecuencias queda aun en pié una gran cuestión relativa al asunto de que nos estamos ocupando: ¿Qué remedio podrá uno emplear para aliviar sus pesares? En eso consiste la piedra filosofal. No siendo por de pronto perfectamente conocida la naturaleza del pesar, no es posible digámoslo así, resolver esa cuestión. Concretémonos por lo tanto á indagar si es posible aplicarle remedio, cuando sabemos positivamente el origen de que dimana.

Asunto ha sido este sobre el cual han escrito muchos filósofos de los tiempos antiguos y modernos. Unos proponen la lectura, otros la virtud, otros el valor y todos vienen á ser como el médico que dice al enfermo: «Manténgase V. bueno.»

El libro verdaderamente útil al que padece, el verdadero tesoro de piedad, de tolerancia, de dulce indulgencia; la inagotable fuente de esperanza, el único bálsamo capaz de cicatrizar todas las heridas del alma, son los santos evangelios. No se limita su divino autor á exortar vanamente á los desgraciados: enaltece sus lágrimas; las bendice, y apura con ellos el cáliz de la amargura hasta las heces (a).

No hay una panacea universal para los dolores del alma, pues como todos tenemos distintas naturalezas no puede convenir á todos un mismo remedio. Por otra parte nuestra razón es demasiado áspera y algunas veces no hace mas que exacerbar nuestros padecimientos, así como un mal avisado enfermero que revolviere en el lecho al que está en la agonía martirizándolo á trueque de ponerlo en una posición mas cómoda. Nada menos que la mano de un amigo se necesita para vendar las heridas del corazón y para ayudarnos á levantar suavemente la losa de la tumba.

Mas si ignoramos cómo obra la desgracia, por lo menos no ignoramos en qué consiste: en una privación. No importa que esta varíe hasta un grado infinito: quién suspira por un trono; quién por un empleo; quién por un abuso: no importa, el efecto es igual para todos. Cierta sugeto me decía: No conozco mas que una desgracia positiva, y es la de carecer del preciso alimento. Cuando el hombre satisface esta necesidad de la vida, tiene un traje con que cubrirse, un techo en que albergarse y fuego, se desvanecen todas las demás calamidades. La falta de lo absolutamente necesario es una cosa horrible, porque la incertidumbre del día de mañana acibara completamente

(a) He citado ya este pasaje en el prefacio como prueba de mi incredulidad. (N. ED.)

te el momento actual. Así es en efecto; mas no por eso se resuelve la cuestión (b).

¿Qué hará el hombre para adquirir el preciso sustento? Trabajar, contestan los que no comprenden el corazón humano. Pesa sobre nosotros el infortunio con mas ó menos intensidad en razón de nuestros principios, educación, inclinaciones, carácter y genio. Hay quien pudiendo ganar pasablemente la subsistencia mediante una ocupación cualquiera, apenas echará de ver que ha cambiado de posición; en tanto que otro de carácter mas elevado se considerará como el mas infeliz de los mortales en tener que renunciar al ejercicio de su profesión, en asociarse á unos artesanos, cuyas ideas no se elevan del tronco que estan labrando, y en tener que pasar sus días en la edad de la razón y del pensamiento, haciendo aprender de memoria algunas palabras á los estúpidos hijos de su vecino. Un hombre de ese temple preferirá morir de hambre á ganar la subsistencia de esa manera. No es, pues, tan fácil como parece el combinar lo necesario con la felicidad: no todos entenderán esto que acabo de decir.

De aquí resulta que no todos somos jueces competentes del bien y del mal ajeno, cuando no se trata de apariencias, sino de realidades.

Se me figura que los desgraciados que lean este capítulo lo recorrerán con la misma ávida inquietud con que yo he leído el tratado de las humanas miserias en las obras de los moralistas esperando hallar algún consuelo. Me imagino que al ver frustrados tambien sus deseos como yo los he visto me dirán: «Nada de nuevo nos enseñáis, no nos ofrecéis ningún medio para mitigar nuestros pesares; antes por el contrario, nos desahuciais, pues venís á confesar que no creéis que lo haya.» O compañeros míos de infortunio. Justa es vuestra recriminación: ¿Qué no diera yo para enjugar vuestro llanto; pero solo una mano mas poderosa que la de los hombres es la que puede conseguirlo (c). No os dejéis, sin embargo, dominar del abatimiento: no faltará alguna dulzura en medio de tantos sinsabores. ¿Intentaré demostraros el partido que de la condición mas miserable puede sacarse? Tal vez os será mas provechoso mi consejo que toda la pompa de un discurso histórico.

El desgraciado entre los hijos mimados de la fortuna se parece á un miserable que cubierto de andrajos se presenta en medio de una brillante sociedad, donde todos no hacen mas que mirarle de reojo y evitar su encuentro. ¿Cuál será la conducta mas prudente que el que se halle en semejante situación podrá seguir? El evitar los paseos públicos, la concurrencia, la luz... Tal vez llegará un día en que no saldrá de su casa sino durante la noche: cuando empiecen las sombras á confundir los objetos, entonces se aventurará nuestro desgraciado á salir tímidamente de su guarida y atravesando rápidamente los sitios concurridos, buscará algún paraje solitario por el que pueda vagar con toda libertad. Alguna vez se sentará en la cumbre de una colina desde donde su vista dominará la ciudad, y una vasta extensión de terreno y contemplará las luces que brillan en el paisaje oscuro, y bajo los techos de las casas. Desde allí verá cuál derrama luz el espléndido reverbero en la puerta de algún palacio, cuyos moradores distraídos con

(b) ¿No es extraño que para nada hiciera yo mención de las penas morales, de los dolores paternales, ó filiales, ni de los de la amistad? Solo se explica este olvido recordando que en aquella época vivía yo en medio de la emigración, y continuamente se presentaban á mi vista males físicos y disgustos políticos. Por esta razón hice figurar la indigencia y los abusos en el número de los infortunios. (N. ED.)

(c) Esos gritos reingiosos, que súbita é involuntariamente se escapan del fondo del alma, dan testimonio de mis convicciones, mas claro que todos los discursos de la tierra. (N. ED.)

el bullicio de los placeres estan lejos de pensar que en aquel instante hay un desgraciado que se distrae, contemplando desde lejos la luz de sus festines ¡un desgraciado que en otro tiempo vagó tambien entre luces y rodeado de amigos! En seguida fijará la vista en el trémulo rayo de claridad que salga al través de la ventana de alguna casa pobre de los arrabales, y el desgraciado dirá en su corazón: «Allí estan mis hermanos» (a).

Alguna vez cuando la luna derrame sus pálidos fulgores, se colocará como en emboscada cerca de algún sitio concurrido para gozar de la vista de los hombres sin ser visto de ellos, y recatándose por temor de que al verlo no haya alguno, que como los guardas del doctor inglés en la *Cabaña indiana* grite: ¡un paria! ¡un paria!

Pero el sitio favorito de sus correrías será tal vez algún bosque de pinos á poca distancia de la ciudad. Allí encontrará una sociedad pacífica que tambien se complace en el silencio y la oscuridad. Aquellos *Silvanos* (b) solitarios se dignarán tolerarlo en su república á la que pagará un ligero tributo, manifestando de este modo que agradece la hospitalidad que le conceden.

Cuando los azares del destino nos expelen de este modo fuera de la sociedad, la superabundancia de nuestra alma, á falta de otro objeto real, se derrama hasta sobre el órden mudo de la creación, y hallamos placeres donde menos lo esperábamos. La vida es dulce en el órden de la naturaleza. Por mi parte debo decir que me he salvado en la soledad, y estoy resuelto á morir en ella sin tratar de aventurarme otra vez al borrascoso mar del mundo (c). Aun contemplo alguna vez sus olas embravecidas como el naufrago arrojado á una isla desierta se complace con una secreta melancolía en ver cual se estrella la furia del mar contra las lejanas playas, testigos de su naufragio. Si no succumbimos al dolor que nos causa la pérdida de nuestros amigos (d), el corazón se concentra en sí mismo y se propone abstraerse de todo afecto, y vivir únicamente de recuerdos. Si tal estado le hace poco á propósito para la vida social, por otra parte contribuye á que se desarrolle su sensibilidad. Hasta la desgracia puede sernos provechosa: sin ella permanecerían inertes las facultades afectivas de nuestra alma, ni llegaría esta á ser á manera de un instrumento tan altamente armónico que al menor soplo produce sonidos inexplicables. Vague por los bosques el que se ve acosado de pesares; suba á la cumbre desde donde por un lado verá ricas campiñas, y por otro el sol que con sus torrentes de luz teñirá de púrpura y de color de fuego la verde superficie del mar, fije toda su atención en ese magnífico espectáculo, y el dolor que le abruma no resistirá á su influencia; no porque le haga olvidar los objetos de su amor; que en tal caso serian preferibles todos los padecimientos, sino porque confundirá su recuerdo con la calma de los bosques y del firmamento, y entonces podrá explayarse dulcemente la memoria. Bienaventurados los amantes de la naturaleza, pues ella y solo ella les ofrecerá consuelo en el día del infortunio.

Esa es la primera especie de placer que puede proporcionarnos la desgracia; pero aun hay otros varios. Por mi parte recomendaria singularmente el estudio de la botánica como muy á propósito para calmar el espíritu, distrayéndolo de la contemplación de las pa-

(a) En el *René* hay un pasaje, algo parecido á este. (N. ED.)

(b) ¿Qué son *Silvanos*?... ¿Serán aves?... No lo sé. (N. ED.)

(c) Esto es cierto, y es probable que no habria tenido tiempo de cansarme de esta soledad, pues por momentos esperaba encontrar otra mas profunda. (N. ED.)

(d) Al fin no puedo prescindir de hablar de los dolores morales. (N. ED.)

siones humanas para fijarlo en la inocente turba de las flores. Armado con sus tijeras, su punzon, y su antejo de aumento va el aficionado á la botánica, recorriendo las márgenes de algún antiguo camino, sentándose al pié de la torre ruinoso; junto á una cristalina fuente para contemplar sus algas en la ladera septentrional de un bosque, ó tal vez recorre arenas limitadas por grandes festones de aromáticas yerbas. Nuestro botánico se complace en hallar la *tulipa silvestre*, que retirada siempre en lugares sombríos, parece indicarle el camino que debe seguir al través de la sociedad; aquellos melancólicos lirios, cuyos pétalos inclinados sobre la corriente del agua parecen entregados á una profunda meditación le inspiran tierno interés. En el lúpulo que con sus pálidas flores rolea estrechamente el tronco de algún olmo secular, cree ver una jóven ciñendo con sus brazos de alabastro el moribundo cuerpo de su anciano padre: el *ulex* espinoso cubierto de botones de oro, y sirviendo de asilo seguro á los pajarillos, le inspirará la imagen de un poder protector del débil, y en el tomillo, y en las plantas que sin elevar su tallo embellecen generosamente el ingrato suelo, cree encontrar el símbolo del amor á la patria. Entre los árboles, fija particularmente el botánico su atención en aquellos cuyo follaje agitado por las ráfagas del viento, produce un rumor semejante al lejano murmullo del mar; aficionase á ciertos árboles de origen americano, cuyas ramas caen desmadejadas sobre el tronco, como los brazos de una persona abrumada de dolor; y da entre todos la preferencia al sauce de melancólico aspecto parecido á la cabeza de una jóven, que llorando al margen de una fuente, deja flotar á merced de los vientos su dorada y sedosa cabellera. Por último, en el amable reino vegetal se inclinará con preferencia á estudiar las plantas que por su forma, colores, ó modo de existir presenten mas afinidad con las secretas aspiraciones de su alma (e) (1).

¡Oh! ¡Con qué placer vuelve el botánico á entrar en su miserable morada, cargado con el precioso despojo de los campos despues de una penosa correría! Como si temiera que algún ladrón pueda venir á arrebatarle aquel tesoro, cierra misteriosamente la puerta de su estancia, y empieza á hacer el análisis de su cosecha, criticando ó aplaudiendo los sistemas de Tournefort, Linneo, Vaillant, Jussieu, Solander y Du-Bourg. En tanto la noche va llegando; empieza á cesar todo ruido en la parte exterior de la habitación, y el solitario amante de la naturaleza; siente palpitar el corazón al pensar en el placer de que va á disfrutar. Un libro, cuya adquisición le ha costado no pocos afanes, un libro que el solitario saca con esmerada atención del oscuro rincón en que lo tenia oculto, va á distraerle durante las monótonas horas del silencio. Sentado junto á un humilde fuego, y al resplandor de una luz vacilante, seguro de que nadie le escucha, da libre rienda á su sensibilidad al leer los imaginarios padecimientos de alguna Clarisa, Clementina, Eloisa ó Cecilia. Las novelas son los libros de los desgraciados: cierto es que nos alimentan con ilusiones; pero ¿la vida es por ventura otra cosa que un sueño?

Pero en fin, si así lo queréis, no seran novelas, será algún enorme crimen, alguna verdad lo que ocupará la atención de nuestro solitario: será por ejemplo, Agripina asesinada por su hijo. Velará, el solitario

(e) Encuéntranse algunas de estas ideas en el *Genio del Cristianismo*. (N. ED.)

(1) Siento que no haya sido el botánico de la duquesa de Portland (J. J.) quien ha dado el nombre de *Portlandia* al arbusto de la familia de las rubiáceas, conocido por esa denominación. La protectora, el protegido y la planta se habrían prestado reciprocamente su prestigio y la gratitud de un grande hombre, hubiera vivido eternamente en el perfume de una flor.

con su imaginación junto al lecho de la ambiciosa romana, en el fondo de un aposento alumbrado apenas por una pequeña lámpara. Oír las quejas que la emperatriz destronada dirige á la única criada que la acompaña, y que por último la abandona también: observará en el rostro de aquella desgraciada princesa la angustia que por momentos va creciendo... al parecer teme que algun rumor interrumpa el profundo silencio que la rodea. No tarda en oírse ese rumor... Son los pasos de los asesinos que fracturan las puertas. Agripina se estremece, se incorpora en el lecho y presta oídos... El ruido se acerca; los asesinos entran, y rodean el lecho, el jefe de aquellos desnuda la espada y la descarga sobre las sienes de la reina, y la madre de Nerón exclama: *Ventrem feri!* Sepúltala en mi vientre, exclamación cuya sublimidad hace estremecer de admiración.

Tal vez cuando el mundo está sepultado en silencio, ó cuando allá en las altas horas de la noche, el viento y la lluvia azotan las ventanas de la habitación del solitario, este se entretendrá en confiar al papel las ideas que ha podido adquirir acerca de los hombres. El desgraciado está en muy buena situación para estudiarlos, pues estando separado de su camino, puede cómodamente contemplarlos al pasar.

Mas á pesar de todas esas distracciones que el desgraciado puede emplear en medio de sus pesares, no hay mas remedio que retroceder al principio de que no teniendo para cubrir las primeras necesidades de la vida, no hay alivio posible á nuestros males. Otway mendigando el pedazo de pan que lo ahogó y Gilbert tragando en un momento de perturbación mental una llave en el hospital, dieron testimonio á pesar de ser literatos, de la vanidad de la filosofía en ese particular (a).

## CAPITULO XIV.

## AGIS EN ESPARTA.

La revolución de los Treinta tiranos en Atenas produjo funestas consecuencias para la imprudente república que la había favorecido. Al hacer Lisandro venir á Lacedemonia el oro y la plata del Atica, introdujo también en su patria los vicios de aquel país. No tardó la sencillez de costumbres en ser reputada por grosería; la frugalidad pasó por estupidez y la honrada conducta por superchería. Habiendo el eforo Eptades publicado una ley permitiendo enajenar los bienes paternos, todas las propiedades territoriales pasaron á manos de los ricos, y los espartanos destruyeron aquella admirable igualdad de rango y de riquezas, quedaron convertidos en un vil rebaño de esclavos y de dueños.

Tal era la situación política de la república de Licurgo, cuando ocupó el trono de Lacedemonia un rey digno de los siglos heroicos de la Grecia. Agis, apasionado de los encantos de la virtud acometió la empresa de restablecer las leyes y costumbres de la antigua Laconia en un momento en que la mayor parte de los hombres apenas tenían noticia de su existencia. Agis manifestó su proyecto á la juventud lacedemonia y tuvo la inesperada satisfacción de ver que se hallaba mas bien dispuesta que los ancianos á llevarla á cabo. Eso mismo pudo haberse observado en Francia al principio de la revolución: hay en aquella hermosa edad un generoso ardor que nos impele hácia el bien, en tanto que la sociedad no haya aun perdido toda ilusión de virtud (b). Sin embargo, el rey de Lacede-

(a) En una obra bien redactada este capítulo sería un verdadero despropósito; mas en un libro tan incoherente como el *Ensayo*, importa poco que haya hecho esa digresión sobre los desgraciados, ó sobre cualquier otro asunto.

(N. ED.)

(b) No se crea que al hablar así, siendo viejo, adulo á la juventud dándole las alabanzas que se merece; pues bien se

monia consiguió captarse la voluntad de tres hombres de grande influencia, Lisandro, Mandrocidas y Agesilao, y asimismo mereció la aprobación de su madre Agesistrata.

Todo al parecer se daba la mano para favorecer la empresa. Lisandro había sido nombrado eforo, y las deudas habían sido públicamente abolidas. Leonidas despues de haber hecho vana resistencia á los proyectos de su colega Agis, tuvo que huir y en su lugar fue puesto Cleomboto, yerno de este último. No faltaba ya mas que proceder á la repartición de terrenos cuando Agesilao, que como ya lo hemos dicho, se había mostrado favorable al proyecto, mudó de opinión y contribuyó á que variara el aspecto de las cosas.

Eminentes cualidades poseía aquel espartano, pero desgraciadamente se hallaba abrumado de deudas. Abrazó pues ávidamente la ocasión de deshacerse de ellas, mas así que lo consiguió se opuso á que la revolución prosiguiera su curso. Habiendo conseguido astutamente que recayera en su persona el nombramiento de eforo ejerció en ausencia de Agis tiránicamente su poder. Al verse los ciudadanos tan villanamente engañados por Agesilao, y creyendo que obraba de acuerdo con el joven rey, se confederaron y secretamente mandaron llamar á Leonidas; aquel desterrado, cuyo puesto ocupaba Cleomboto.

Entre tanto Agis regresó á Lacedemonia y de allí á poco Leonidas lo verificó también triunfalmente, por lo cual Agis y Cleomboto no tuvieron mas recurso que evitar su venganza y la del partido de los ricos que otra vez habían vuelto á conquistar todo su poder. Cleomboto se acogió al asilo del templo de Neptuno, y por la virtud y el llanto de su esposa pudo salvar su vida, siendo únicamente condenada á destierro, pero el joven y desgraciado príncipe Agis no tuvo tan buena suerte ni le valió el haberse acogido al sagrado del templo de Minerva. Dejaré referir esta tragedia al buen Amyot.

## CAPITULO XV.

## SENTENCIA Y EJECUCION DE AGIS Y SU FAMILIA.

«De manera que habiendo Leonidas expulsado á Cleomboto fuera de la ciudad y despues de haber instalado eforos á su gusto, no pensó mas que en discurrir medios para apoderarse de Agis. Primeramente trató de persuadirle que abandonara sin ningun temor la inmunidad del templo, y volviera á ejercer con toda seguridad las funciones de la monarquía, dándole á entender que los ciudadanos habían puesto en olvido su conducta pasada porque sabían muy bien que Agesilao había hallado medio de fascinarle aprovechándose de su inexperiencia y su afán de gloria. A pesar de eso Agis no abandonaba el sagrado recinto antes por el contrario sospechaba que cuanto le decían no era mas que un puro engaño. En vista de esto Leonidas perdió la esperanza de atraerlo por medio de la astucia, pero Amfares, Democares y Arcesilao, iban frecuentemente á visitar á Agis y alguna vez llegaban hablando con él hasta los baños y despues de haberlos tomado lo volvían á conducir al templo. Es de advertir que estos tres sujetos eran amigos de Agis, pero habiendo uno de ellos (Amfares) tomado prestados de Agesistrata algunos muebles preciosos, tapicerías y vajilla de plata, se resolvió á hacer traición á él, á su madre y á su abuela con la esperanza de apoderarse de aquellas alhajas. Dicen, pues, que este fue quien mas que ningun otro prestó oídos á las sugerencias de Leonidas, é incitó á sus colegas, los eforos, contra el desgraciado Agis. Como este no salía nunca del sagrado recinto sino cuando alguna que

echa de ver que me expresé con igual afecto y admiración, cuando yo me hallaba todavía en aquella edad deliciosa. (N. ED.)

otra vez iba á los baños, en este sitio fue donde le propusieron apoderarse de su persona. Presentáronse pues, á él cierto día que estaba en el baño y despues de haberle saludado como de costumbre, hicieron ademán de volverlo á acompañar al templo hablando y chanceándose, como lo permitía la mucha familiaridad con que se trataban; mas así que llegaron á un ángulo que formaba la calle por donde regresaban al templo que servía de prisión á Agis, Amfares le echó la mano como magistrado, diciéndole: «Te reduzco á prisión y te conduciré ante los eforos á que des cuenta y razon de las innovaciones que has introducido en la cosa pública.» Y entonces Democares que era hombre de grande estatura y de muchas fuerzas le rodeó el cuello con su túnica y lo arrastró hácia adelante en tanto que los otros le empujaban por detrás como entre ellos habían convenido. De esta manera y no encontrando á nadie que saliera en defensa del desgraciado Agis, consiguieron llevarlo á una prisión y en el acto se trasladó á ella Leonidas con una buena porción de soldados extranjeros que se establecieron alrededor del recinto para vigilarlo. En seguida vinieron los eforos y llamaron á los senadores con cuyas simpatías contaban, y mandando comparecer como un criminal á Agis, le preguntaron el motivo que había tenido para alterar el gobierno de la cosa pública. El joven se echó á reír de su aparente ignorancia y Amfares le dijo, que no era tiempo de risas, sino de pagar la pena de su insensata temeridad. Otro eforo; aparentando tomar su defensa, indicándole un camino para librarse de aquel procedimiento judicial, le preguntó si en realidad no había sido alucinado é impelido á obrar de aquel modo por Agesilao y Lisandro. Agis contestó que por parte de nadie había sufrido coacción; que no había llevado mas mira que imitar á Licurgo, y que por eso había intentado dar á la cosa pública la misma dirección que aquel legislador le dió en otros tiempos. El mismo eforo volvió á preguntarle si se arrepentía de haber obrado de aquella manera. El joven contestó terminantemente que nunca se arrepentiría de un proyecto tan sabio y virtuosamente acometido, aun cuando viera que no le quedaba mas arbitrio que morir. Entonces le condenaron á muerte mandando conducirlo á la Decada que era un sitio destinado en la prisión para los que habían de morir á manos de la justicia. Viendo Democares que los encargados de conducir al reo no se atrevían á ejecutarlo, y que probablemente hasta los mismos soldados extranjeros se negarian horrorizados á tomar parte en semejante ejecución, considerando que el poner violentamente la mano en un monarca era una cosa enteramente contraria á todo derecho divino y humano, amenazándolos y llenándolos de injurias arrastró personalmente al desgraciado joven hasta el lugar del suplicio. La noticia de este suceso había atraído ya una multitud de gente á las puertas de la prisión, y á la luz de las antorchas que agitaban con impaciencia se veía la madre y abuela del preso gritando que se hiciera justicia, y que nadie sino el pueblo fuese dueño de enjuiciar al rey de Esparta. Los enemigos de este se dieron prisa á terminar su obra temiendo que el tumulto creciera durante la noche, y las puertas de la prisión llegaron á ser violadas. Al ser llevado Agis al lugar de la ejecución, vió que uno de los esbirros lloraba y se atormentaba y le dijo: «No te aflijas por mí, amigo mio, pues soy mas hombre de bien que esos que tan malvada é indecorosamente me quitan la vida.» Dichas estas palabras presentó espontáneamente su cuello al dogal. Entre tanto Amfares salió á la puerta de la prisión y se encontró con Agesistrata, madre de Agis, que al verlo se arrojó suplicante á sus pies: éf aparentando no haberse olvidado de las relaciones de amistad que con ella había tenido, le aseguró que ninguna violencia se cometería con su hijo; que no había dificultad en que entrara á verlo y con-

solarlo, y por último accedió á que esa desventurada señora entrara en la prisión acompañada de su anciana madre. Así que las dos mujeres estuvieron dentro, Amfares hizo cerrar las puertas de la prisión, y mandó al ejecutor Arquidamia quitar la vida á la abuela de Agis, que era una señora muy anciana y que por su decorosa conducta se había hecho acreedora á la mayor consideración. Consumada esta ejecución dispuso que entrara Agesistrata en el lugar del suplicio, la cual al ver el cadáver de su hijo, tendido ya en el suelo, y el de su madre pendiente aun del patíbulo, comprendió positivamente el fin que le esperaba, mas aun tuvo fuerza de alma para ayudar á los verdugos á desprender el cadáver de su madre, y tendiéndola junto al de su hijo y besando el de este exclamaba arrastrándose por el suelo: «hijo mio, tu excesiva bondad y tu clemencia nos han dado la muerte.» Amfares que estaba detrás de una puerta observando cuanto pasaba en el fúnebre recinto, entró aparentando gran cólera y dijo á Agesistrata: «Puesto que apruebas la conducta de tu hijo será conveniente que participes de su destino.» Alzóse del suelo la desolada madre y sin favorecer al asesino ni con una mirada, ni con una palabra, se entregó á manos de los verdugos, diciendo: «sea útil á la patria nuestro sacrificio.» Al divulgarse por la ciudad esa catástrofe, tuvieron los magistrados mucho temor de que los ciudadanos demostraran de un modo positivo su disgusto y su mortal odio á Leonidas y á Amfares, pues bien conocían que nunca crimen tan atroz se había perpetrado en Esparta desde que los dorios se establecieron en el Peloponeso. Hay que advertir que ni los mismos enemigos se atrevían en el furor de una batalla á poner sus manos sobre los reyes lacedemonios, antes por el contrario evitaban su encuentro movidos del respeto y veneración que profesaban á su magestad... Cierta es que Agis fue el primero de los reyes á quien los eforos sentenciaron á muerte por haber intentado reformas muy útiles y convenientes á la dignidad del Estado, pero debieron advertir que lo hizo en una edad en que hasta las mismas faltas merecen indulgencia, y causando mas daño con el perdón concedido á Leonidas, y con el exceso de dulzura de su carácter á sus propios amigos que á los que no lo eran.

En esta interesante historia pueden notarse varias circunstancias parecidas á las que acompañaron la muerte de Luis como por ejemplo el no haber consentido que se apelara al pueblo, la injusticia é incompetencia de los jueces etc. Voy á presentiar en un breve bosquejo la sentencia de Carlos I, rey de Inglaterra y la de Luis XVI de Francia, para que el lector halle agrupados bajo un solo punto de vista los tres mayores acontecimientos de la historia.

## CAPITULO XVI.

## SENTENCIA Y EJECUCION DE CARLOS I REY DE INGLATERRA.

Hacia mucho tiempo que en el consejo secreto de Cromwell (1) se agitaba el proyecto de encausar á

(1) Nadie ignora las farsas religiosas que Cromwell empleó para autorizar su crimen. Poseo una colección de folletos de aquella época que componen tres abultados tomos en octavo mayor. No es casi posible leerlos enteramente por lo asquerosos y desprovistos de hechos; pero al mismo tiempo hay que convenir en que son una viva pintura del espíritu y calidades del siglo funesto en que salieron á luz. Redúcese la mayor parte á una especie de sermones políticos, cuyos absurdos y ridiculos exceden toda comparación. Podrá el lector entretenerse viendo el título de algunos de aquellos extraños monumentos de las revoluciones, como por ejemplo: «*A tender visitation of the Father's love to all the elect-children or au Epistle unto the righteous congregation who in the light are gathered and are worshippers of the Father in spirit and truth.*» Tierna visitación del amor del